

HOSPITAL. Yo conocí a don Pablo Tobón Uribe en los últimos días de su vida. Hombre bajito, rechoncho, callado, cansado de tener dinero y antioqueño por todos los lados. Comenzó donando unas hermosas campanas y terminó con una obra maestra del alma: fondos para un hospital que hoy lleva su nombre que, tal como dicen quienes lo manejan, es una institución con alma.

Y de verdad que tiene alma, que tiene almas, porque son muchas las que han salido otra vez a la vida del aire y las calles y muchas también las que han ido a la mejor vida de aquellos desconocidos espacios eternos. Nada más emocionante que encontrar en nuestro medio, en este departamento y en esta ciudad, obras como el Hospital Pablo Tobón Uribe que ahora, con un cuarto de siglo en su hermoso historial, es real ejemplo para entidades que quieran hacer un lugar en el corazón de las gentes.

Extraño lo que sucede con el Pablo Tobón, pero a diferencia de otros centros de salud, no tiene enemigos. Siempre que oímos mencionar su nombre se acompaña esa mención con el agradecimiento y las bendiciones. Ojalá siga por muchos años en su tarea de gastar el inmenso corazón que tiene en lo mejor de la vida: servir a los demás.